

ALEJANDRO GARRETÓN SILVA

Profesor de Medicina, Universidad de Chile

LA OBRA MEDICA DE GREGORIO MARAÑÓN

Una carrera médica deslumbrante

LA CARRERA médica de Gregorio Marañón comienza en torno de 1910 y termina en los primeros meses de 1960. Medio siglo vivido intensamente, sin un momento de descanso. Se inicia en el internado de los Hospitales de Madrid, luego, ya médico, jefe de un servicio; pasa de inmediato a la docencia y, al cabo de muy pocos años, llega al Profesorado. Después, se suceden con extrema rapidez la Academia de Medicina y el reconocimiento de las Universidades extranjeras, como una auténtica culminación de tantos esfuerzos. En 1937, la Universidad de Chile lo incorpora como Miembro honorario de la Facultad de Medicina.

En su momento inicial recibe una distinción como el augurio de una vida llena de esplendor. Al salir de las aulas en 1911 y entrar de lleno a la vida médica, la Real Academia de Medicina de Madrid le otorga el premio Martínez Molina por su trabajo acerca de las glándulas paratiroides. Este premio sólo había sido otorgado antes a Santiago Ramón y Cajal.

Es una carrera en todo momento deslumbrante. Trabaja día a día, más que eso, minuto a minuto: junto a los enfermos en la sala de hospital, en medio de sus alumnos, sus colaboradores y sus discípulos. Su preocupación fundamental es la Medicina: entenderla en toda su extensión, aplicarla con máxima concien-

cia y transmitirla al grupo extenso que lo rodea. Por encima de todo, procura su progreso a través de un trabajo ejemplar.

Estos cincuenta años brillantes y fecundos, con una honda huella, bastarían para justificar un homenaje. Pero, hay más; mucho más. Coincide este período con los cincuenta años más extraordinarios y espectaculares del avance de la Medicina. Nunca, desde los tiempos de Hipócrates, hace veinticinco siglos, se había observado un período de más fantástica y honda transformación.

Ahora bien, ante este conjunto de acontecimientos, tan multiformes y vastos, ¿cuál es la actitud que un médico puede tener? Puede quedar atrás, sin comprender su magnitud ni su significado; puede ser un espectador aún atento y curioso; puede, también, ser uno de sus promotores en mayor o menor medida; puede aún, ser un líder, un conductor que marcha en la avanzada. Puede, finalmente, ser un médico con mentalidad de visionario. Rara y excepcional es esta última actitud.

Para poder apreciar exactamente todo el significado de la vida de Gregorio Marañón frente a estos acontecimientos, es necesario detenerse a considerar de una manera muy general en qué ha consistido este progreso. Veremos, así, cómo, sobre este panorama tan fascinante, surge en forma nítida una de las figuras médicas de los más atrayentes y singulares contornos de nuestra época.

Medio siglo de progreso de la Medicina

Las adquisiciones médicas que han significado un progreso, reclaman un tiempo importante desde su primer enunciado hasta entrar en la práctica diaria. Muchos descubrimientos dados a conocer como hechos de valor, el tiempo se encarga de mostrar sus falaces caracteres. La experiencia y el juicio crítico los despojan de toda importancia. Otros, los menos, entran a formar parte de la substancia de la Medicina.

La obra de Harvey tardó alrededor de un siglo en ser considerada como básica. Lo que hoy conocemos con la hipertensión arterial se generalizó como conocimiento corriente después de cincuenta años. La bacteriología y su consecuencia directa la

asepsia y la antisepsia tardaron muchos años para que entraran a la categoría de los conocimientos corrientes. La penicilina descubierta en 1928 se vino a poner en manos del médico casi quince años después. Muchos de los grandes descubrimientos de este medio siglo que analizamos han tenido su origen en las décadas precedentes.

Cinco grandes factores han determinado, según nos parece, estos grandes avances. En primer lugar, la multiplicación y extensión de los centros de investigación médica y científica, especialmente biológica. Durante mucho tiempo había unas cuatro o cinco universidades. En el siglo XIX esta situación es reemplazada por un importante grupo en Francia, Alemania, Inglaterra y Austria. Además, algunos centros de valor en Italia, España, Rusia y Estados Unidos. Hoy se cuenta con un gran número de estos centros. Aquéllos aumentaron su extensión, a los cuales se agregaron los creados en Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia, Nueva Zelandia y Sudamérica. Estas universidades, institutos, centros y laboratorios especializados, se cuenta por cientos en todo el mundo. El segundo factor es el perfeccionamiento de los métodos de exploración clínica: Rayos x, bioquímica de la sangre, el progreso en el microscopio y, especialmente, el ultra microscopio, endoscopías, sondeos diversos, electrocardiogramas y electroencefalogramas, biopsias, punciones diagnósticas, citodiagnóstico y, muy en especial, las pruebas llamadas funcionales. El tercer factor es el componente científico de la Medicina actual. Las llamadas ciencias básicas han entrado de lleno en la formación del médico, en el ejercicio de la Medicina, en la orientación de la investigación clínica. El empirismo, tan antiguo como la propia Medicina, ha quedado como un fenómeno de orden puramente histórico; hizo su época de una manera brillante. Esta condición ha traído, en el curso de este medio siglo, un cambio fundamental en la personalidad del médico. El cuarto factor, está representado por la actual organización del Hospital, el cual es hoy un instituto científico al mismo tiempo que un instrumento social en el primer plano de la vida de la comunidad moderna. Altamente dotado de hombres y de equipo, está para servir a la salud: protegerla, repararla, fomentarla, acrecentarla. Rápidamente, en el curso de este

tiempo, sus hombres trabajan todo el día bajo su techo. Estamos muy lejos de la época en que un médico iba a pasar visita. Finalmente, dos grandes Guerras Mundiales han dejado como un saldo paradójicamente feliz, una gran cantidad de progreso en observaciones, investigaciones, técnicas y tratamientos de alta eficacia.

Este conjunto de factores, gobernando la marcha de la Medicina, ha hecho posible establecer grandes conceptos, en los cuales dominan las ideas generales. Sólo en una era eminentemente científica pueden formularse las actuales y sólidas concepciones que informan la Medicina contemporánea.

Los conceptos básicos de la función circulatoria normal y patológica han permitido conocer todo lo relativo a la insuficiencia cardíaca. Por el mismo camino se han podido comprender las modificaciones de las presiones sanguíneas y ha surgido la concepción de la hipertensión arterial. La alergia, mirada primero como un fenómeno local y propio de la infección tuberculosa, se sabe hoy día que juega un papel muy importante en gran número de procesos patológicos. Las enfermedades renales de tanta importancia se las conoce ahora dentro de una amplia concepción patogénica, clínica y anatómica. La arterioesclerosis, conocida desde antiguo, hoy día se saben sus condiciones generales, el papel de la herencia y de la constitución, así como de la alimentación. También, se conocen sus localizaciones con un detalle sorprendente. El infarto del miocardio es su expresión más frecuente. La llamada patología coronaria es conocimiento sólo de estas últimas décadas. Otra concepción de gran importancia es la relativa a la Medicina Preventiva. En el curso de estos años ha surgido la llamada patología del mesénquima, concepción amplia que ha permitido reunir en un mismo mecanismo a enfermedades aparentemente diversas. Dentro de este grupo fundamental de modernas concepciones se destaca la influencia de la psiquis en la génesis y curso de muchos estados patológicos. A la luz de estas concepciones se ha visto claridad en muchos aspectos oscuros de la Medicina.

Dentro de la actual estructura de nuestra Medicina han surgido, con caracteres nítidos, dos ciencias: la endocrinología y la hematología.

El equilibrio del llamado medio interno, la genial concepción de Claude Bernard, extendida en forma amplia por Cannon, es posible hoy día explorarlos de una manera sorprendentemente precisa. El descubrimiento de las vitaminas ha hecho comprender los complejos problemas de la nutrición y de las carencias.

Se ha incorporado al estudio de los grandes procesos, especialmente en sus aspectos de frecuencia, el criterio bio-estadístico que ofrece apreciables ventajas y seguridades en muchos géneros de investigación.

En el campo del tratamiento hemos asistido a una transformación del orden más fabuloso que es posible imaginar; va más allá de lo que pudo sospechar la más aguda de las fantasías. La quimioterapia iniciada por Ehrlich con el Salvarsan un poco antes de 1910, se ha ensanchado de una manera prodigiosa y ha llegado a las sulfas, gran grupo de alta eficiencia. La penicilina abre el campo insospechado de los antibióticos, de los cuales hay cerca de una veintena. La hormonoterapia está personificada en la insulina y los corticoides. Se ha logrado controlar la coagulación de la sangre. Y, finalmente, todo este conjunto de progresos científicos, conceptuales y técnicos, ha permitido a la cirugía escalar una cima de audacia ayer insospechada. Es posible hoy que la mano del cirujano repare una lesión en el interior del corazón, o coloque una válvula plástica para reemplazar una alterada o extraiga de escondidos rincones del cerebro lesiones o tumores que amenazan a la mente y la vida.

En el curso de este medio siglo, la Medicina dejó de ser exclusivamente clínica y se ha visto que la comprobación anatómica, siempre tan fecunda, tampoco es exclusiva. Hay ahora muchos aspectos nuevos: la función orgánica perturbada, los fenómenos de orden psíquicos, la condición social.

Síntesis de los resultados alcanzados

Este rápido análisis de un fenómeno histórico tan complejo nos permite sintetizar en unas pocas palabras los resultados de este progreso. En primer lugar, hay ahora un muy completo conocimiento de la enfermedad en sí misma, sus causas, su naturaleza, los mecanismos que la gobiernan, su curso. Hay, tam-

bién, un nuevo concepto de la Medicina, la cual tiene una muy sólida base científica y experimental, sin haber abandonado, por cierto, su sensible componente de arte. Hay un cambio enorme en el conjunto de las enfermedades que afectan al hombre: las hay desaparecidas, es mayor el número de las evitables; otras se han transformado en su expresión clínica; así como algunas han disminuido su gravedad. Es el resultado de la higiene pública, del diagnóstico precoz y del uso de la poderosa terapéutica moderna.

Paradójicamente, otros tipos de enfermedades han surgido. Todo esto hace que el aspecto de la Medicina de hoy sea nuevo. Dentro de esta síntesis debemos destacar la proyección de la actividad médica hacia una amplia función social. Hay una exigencia de la sociedad hacia la Medicina en relación con la protección y promoción de la salud; es que la comunidad está alerta, y hay en forma paralela un deber de la Medicina en el desempeño de estas funciones. Por último, este conjunto de factores ha traído las más hondas modificaciones de las tasas de mortalidad, han determinado una prolongación del promedio de la vida. Hoy se vive más, con menos dolor y con más aptitud para el trabajo y la creación. La proporción de los grupos humanos en relación con su edad, es hoy diferente de lo que era antes. La Humanidad está adquiriendo paulatina, pero rápidamente, una nueva fisonomía.

Actitud de Marañón frente al progreso

He aquí, en apretado anotar los hechos, lo que ha sido la transformación de la Medicina en los últimos cincuenta años. Ahora bien, ¿cuál fue la actitud de Gregorio Marañón en el desarrollo de estos acontecimientos? Desde el comienzo de su carrera, muy poco después de los veinte años, y, a través de toda ella, fue auténticamente un visionario. Entrevió el porvenir, aportó hechos e ideas de una agudeza increíble. Fue líder, fue mentalidad creadora e inquieta, que comprendió la trascendencia de cada momento; fue la inteligencia seriamente ambiciosa que guió con raro acierto a la juventud que había en torno suyo, así como aquella otra, lejana, desconocida, que leía con afán

el contenido de sus páginas. Pero, hay más, sintió y repitió hasta la saciedad, la responsabilidad que implica el progreso, sobre todo un progreso tan deslumbrante.

La obra médica en sí misma y sus dos grandes ciclos

Al considerar la obra médica en sí misma, destacamos que ella se desarrolló estrictamente en la atmósfera de estudio y disciplina del moderno Hospital, es decir, en la sala y el consultorio externo, en contacto, como él dijo, "con el espontáneo y vasto espectáculo de la naturaleza", en los laboratorios de investigación clínica por él creados, en la mesa de mármol de la autopsia, en los archivos de las historias clínicas, en la biblioteca en donde están los juicios críticos y médicos de otras mentes. La realidad triste, tantas veces trágica de la condición humana cuando sufre, atrae con una fuerza irresistible al médico de alma bien templada. El proceso biológico que constituye la enfermedad es para su espíritu un motivo de estudio y meditación, es, además, atrayente e inspirador. Suprimir el dolor, atenuarlo, evitarlo, decían los griegos que era obra de dioses. Pero, el Hospital no es sólo esto. El examen y tratamiento de un enfermo es motivo de enseñanza. Así surgen en el amplio marco del Hospital los alumnos, ya sea el joven estudiante, como el médico ya maduro, pues el enfermo enseña a todos. Más aún, de este diálogo van quedando como sedimento, síntesis de un extenso análisis, algunos hechos y adquisiciones que sirven de fundamento al criterio médico. Es esto lo que después se traslada a una página, ya sea en el artículo de la revista, en la monografía, en el ensayo, en el libro o en el tratado. Aquí se centra la cosecha intelectual, es decir, la interpretación de los fenómenos y sus diversas relaciones, así como las reflexiones que sugiere. Es la obra escrita, más allá del diálogo socrático. Ha sabido Marañón definir esta doble situación y ha dicho: "La palabra es el instrumento celeste. Pero la palabra hablada está encerrada para siempre en la cárcel del espacio y del tiempo. El libro la hace universal e inmortal".

La obra escrita está contenida fundamentalmente en 41 volúmenes y muchos cientos de artículos médicos aparecidos en

revistas tanto en España como en el extranjero, especialmente en Europa. Muchas veces dijo Marañón que era un escritor impenitente.

Si la obra médica la consideramos en toda su evolución podemos ver dos grandes ciclos o períodos bien definidos y delimitados.

En el primer ciclo está la obra clínica. Es el médico que después de examinar a muchos enfermos, de analizar sus problemas, de llegar a ciertas conclusiones y de puntualizar algunos hechos, escribe un párrafo, una página o un artículo de orden médico. Cubre este ciclo desde 1909 hasta 1953. Lo inicia la monografía sobre la terapéutica arsenical, el salvarsan de Ehrlich y lo cierra el libro. "El Crecimiento y sus trastornos", obra de gran vuelo clínico y científico. Son más de cuarenta años de labor ininterrumpidas. Todo, o casi todo fue explorado, investigado, actualizado de acuerdo con el progreso de la Medicina. Su juicio lo entregó sólido, sincero, bien fundado.

Hay en este conjunto de obras un gran número de ideas diagnósticas, de concepciones patogénicas, a veces audaces, pero siempre bien fundadas. Hay, además, muy importantes nociones de tratamiento.

Los procesos patológicos que afectan a las glándulas de secreción interna ocupan la atención preferente y constante de Marañón. Sin duda, fue un precursor en las modernas tendencias de considerar estos órganos como integrantes de un sistema estrecho y complejamente coordinado. Su experiencia clínica se centró en las enfermedades de la hipófisis, del cuerpo tiroides, de la glándula suprarrenal, del páncreas y de las glándulas sexuales. Debemos destacar dentro de estos capítulos su contribución a los fenómenos del bocio y del hipertiroidismo, de la diabetes y a la Enfermedad de Adisson, de la cual logró reunir el más amplio material clínico hasta ahora conocido.

Sin duda, la parte de su obra médica más importante y más amplia es aquella destinada a la endocrinología. Aparte de una gran cantidad de artículos y conferencias, hay 20 libros de temas estrictamente relacionados con las glándulas endocrinas. Desde 1911 hasta 1951 abordó estos temas coincidiendo esta época con el gran desarrollo de estos estudios. Se mantuvo siempre estric-

tamente en el terreno de la clínica, es decir, al lado de la cama del paciente. Ni lo experimental, por un lado, ni lo bioquímico, por otro, lo apartaron de esta posición tan equilibrada de la clínica, siempre sabia, prudente y real. En este sentido, su obra endocrinológica representa una de las más sólidas de la hora presente.

La gran experiencia adquirida en una larga vida de Hospital, junto a la cama del paciente, la condensó en 1943 en un libro admirable: "Manual del Diagnóstico clínico", que ha tenido siete ediciones. Dentro del conjunto de libros existe uno, que es la síntesis de muchos trabajos parciales y condensa un pensamiento central. Es "Ginecología Endocrina", aparecido en 1955. Durante muchos años, las afecciones ginecológicas eran casi exclusivamente del dominio del cirujano. Audaz tarea la de trasladar un grupo grande de dolencias hacia la medicina interna y situarlas en los dominios de la Endocrinología. Aquí, otra vez fue un precursor de carácter visionario.

Los problemas de orden sexual, tema delicado y complejo, que en las últimas décadas ha merecido un extenso estudio y análisis de gran amplitud, tanto desde el punto de vista médico-biológico, como social, cultural y literario, merecieron de Marañón atención muy especial, de gran experiencia clínica, observador fino y sagaz no podía dejar de ocuparse de estos problemas. Dos aspectos tiene esta parte de su obra. Se situó en el plano médico estricto y los debatió sólo en ambiente también médico. No hizo publicidad de sus ideas hacia el sector profano. Hay varios artículos, pero, su pensamiento está en "Amor, Conveniencia y Eugenesia", "Estudios de fisiopatología sexual" y "Evolución de la sexualidad y los estados intersexuales", todos los cuales aparecen en torno de 1930-31.

El segundo ciclo, también dentro de un orden estrictamente médico y surgido de la vida en el Hospital, es de otro aspecto. Aquí la base no es el documento clínico, anatómico o experimental; no es un análisis de fichas clínicas. Ahora son las ideas generales, las reflexiones meditadas en un plano superior; es la síntesis acerca de los grandes problemas que plantea la Medicina. Es el juicio crítico que a una inteligencia audaz sugieren el progreso y los adelantos con que se enriquece la Medicina.

Es la palabra justa, la experiencia sólida y depurada. Sólo de tarde en tarde hay en la Medicina una voz con estas orientaciones. La Medicina de habla inglesa tuvo hace años una voz semejante en Sir William Osler. Son numerosas sus publicaciones y entre ellas se destacan con nítidos caracteres dos pequeños libros, verdaderas joyas de la literatura médica contemporánea: "Vocación y Ética", aparecida en 1935 y "La Medicina y Nuestro Tiempo" que vio la luz en 1954. Tal vez lo último que escribió en este orden de ideas fue el admirable prólogo para la traducción española de la biografía de Sir Alexander Fleming escrita por André Maurois. En este prólogo Marañón recuerda a su amigo el descubridor de la Penicilina. Es en julio de 1959.

Dentro de este ciclo en que expone y comenta ideas generales, debe colocarse el número crecido de prólogos de diversas obras, incluyendo, naturalmente, las propias de él. Escritos en lenguaje sencillo y elegante, puntualiza conceptos, enjuicia ideas y tendencias. Si se reunieran esos prólogos en un solo conjunto, veríamos, a través de medio siglo, los caminos que ha seguido la Medicina expuestos de una manera maestra.

Este segundo ciclo, que comienza en 1935, sólo termina con su vida. Son veinticinco años, también ininterrumpidos y fecundos. Para llevar a cabo esta tarea ha sido necesario armonizar inteligencia y juicio crítico, experiencia y madurez.

Las angustias, tormentos y dolores que la vida le deparó en una ancha medida, le dieron a sus palabras un extraño tono de superioridad y nobleza.

En el Hospital, en la página escrita, a través del intercambio de ideas, es decir en el momento del diálogo socrático, se encuentra como un motivo central la preocupación por el enfermo, por el hombre que sufre. Ya lo dijo muy reiteradamente: "Soy antes que nada médico". Para el enfermo, este ser que acude al médico lleno de esperanzas, a veces con una confianza ciega, reclama toda la preocupación del médico. Todas sus horas deben estar en una dependencia absoluta del sufrimiento del paciente. En él, esta actitud alcanzó un ejemplar grado de calidad superior. Consideró al paciente en todo lo que significa: su enfermedad, su organismo, es decir la fábrica según la expresión de Vesalio, su psiquis variado, complejo y misterioso; además,

su familia, así como todo aquello que de él depende. Es decir, la comprensión del hombre en su dolor, sus aspiraciones y miserias.

El componente emocional del enfermo lo vio con gran clarividencia. La enfermedad puede alterar la mente; pero ésta, a su vez, puede ser causa de un estado patológico. Hace ya años, más de treinta, cuando de esto se comenzaba a hablar demostró cómo una inyección de adrenalina produce una serie de modificaciones funcionales, en especial en la esfera cardiovascular. Pero, también, demostró que las mismas reacciones puede producirlas una emoción. También aquí fue un afortunado precursor. Analizando en sus enfermos estas relaciones —enfermedadmente— vio una amplia dimensión de la Medicina y con gran sagacidad extrajo de ellas notables recursos de tratamiento. En una frase de alta precisión y elegancia condensó su fino pensamiento: “El talón de Aquiles del organismo humano está en el aparato regulador de las emociones”. El profundo respeto por el hombre enfermo lo llevó a decir esta sabia sentencia: “nada de lo que se hace contra la comodidad del enfermo debe aconsejarse, salvo ocasiones de excepción”.

Como agudeza de médico clínico, es decir, la capacidad para formular un diagnóstico con acierto, fue en esta época pocas veces igualada. A cada enfermo le entregó todo su saber y toda su experiencia. Pocas veces hemos visto tratamientos tan completos e inteligentes que los dados por Maraión a sus pacientes. Nada escapaba a su extrema minuciosidad.

La formación de una gran personalidad

Cabe ahora preguntarse: ¿cómo se formó esta extraordinaria personalidad? No es difícil advertir la manera cómo muchos elementos llegaron a juntarse y formar un todo armonioso. La escuela del Hospital, la disciplina tiránica del trabajo, la cultura médica extensa y el juicio equilibrado. Sus maestros, Madina-veitia en Madrid y los grandes profesores alemanes y franceses a cuyo lado se perfeccionó, fueron poderosos elementos que contribuyeron a su formación.

Recién graduado, Maraión fue designado Jefe de un servicio de enfermedades infecciosas en el Hospital General de Madrid.

No cabe duda que este paso fue poderosa ayuda para formar su criterio clínico. Las enfermedades infecciosas agudas son una prueba, a veces violenta, para el organismo. Todos sus órganos y sistemas pueden recibir el peso del proceso, así como todos ellos colaboran en la defensa contra la agresión del agente extraño. El control diario de cada uno de estos enfermos enriquece de una manera notable la experiencia clínica. Una demostración está en la pequeña obra, "El problema de la Febrícula", aparecida en 1927, modelo en todo sentido. Sólo con una meditada experiencia pudo concebirse y redactarse esta pequeña grande obra.

El Profesor

El ejercicio apasionado de la Medicina conduce inevitablemente a la enseñanza. Es un fenómeno universal y de todos los tiempos; se inicia con Hipócrates. En Marañón, la pasión por la Medicina cubrió también a la enseñanza.

El diálogo, la fina trama como el médico entiende a su enfermo, se extiende al alumno, al colaborador y al discípulo. Es, también, la base de la actividad médica, en su fase docente. El médico, al explicar lo que acontece en el paciente, al interpretar y valorar cada fenómeno en una justa medida; la ordenación de las ideas del diagnóstico y el tratamiento, se transforma insensiblemente en profesor. Así ocurrió con Marañón en su cátedra del Hospital General de Madrid. Más de treinta generaciones pasaron por su lado, le escucharon en la intimidad de su ágil diálogo con los pacientes. Lo que vio, lo que comprobó, lo que pensó, lo entregó generosamente, sin ninguna reserva, a los que lo acompañaban junto a los enfermos. La lección en el ámbito del Hospital, así como la lección en la página escrita, fueron unas de las irradiaciones más altas y notables de su vida.

Marañón y la juventud

Mirada en conjunto su obra, la escrita y la vivida, que es la misma, resalta como una rara y ascendente insistencia, su pre-

ocupación por la juventud, especialmente la que está dentro de los claustros universitarios. Si se reunieran —y ojalá se haga— todos sus asertos y sentencias acerca de esta preocupación, tendríamos un conjunto de sanos y magníficos consejos de carácter permanente. Aparece en ellos un fondo moral e intelectual de la más fina calidad. Señaló la dignidad del trabajo sin descanso; el contacto permanente con el enfermo; es decir, encontrar en el hombre que sufre la fuente de inspiración para el trabajo, para el estudio, para la investigación, para la creación.

Ante el verdadero peligro que encierra una investigación médica mal orientada, sólo de laboratorio, experimental o especulativa, ha expresado su juicio en una frase de valor extraordinario: “En los últimos años, dice, me esfuerzo en destacar el valor de la observación clínica directa, frente a la excesiva afición investigatoria de los jóvenes, que estimo legítima, que yo mismo he procurado encender pero, que necesita su freno. El freno es el enfermo mismo”.

Enseñó con el ejemplo la necesidad de conocer todo, o casi todo, lo importante que se escribe en torno de los grandes problemas de nuestro oficio. Destacó los peligros que encierra el detenerse en detalles, casi invariablemente fugaces y transitorios, para ir al texto, al libro, ya depurado, sedimentado, casi definitivo. Puso en guardia a los jóvenes acerca de los éxitos rápidos y fáciles, sin el respaldo de un trabajo paciente y ordenado, e insistió en lo grave que es tratar de imitarlas. Sintetizó su pensamiento en una sentencia honda, humana y elegante: “El joven ve la luz del cohete que sube y no ve su armadura de palo abrazado que desciende en la noche a contar a la tierra la mentira de su triunfo”.

El humanista

Todo este conjunto de actitudes, estaba orientado en un alto y auténtico sentido moral. La autoridad médica formada con el trabajo honesto de cada minuto a través de muchos años y este alto sentido moral tenían un lazo de unión que en Marañón adquiere un grado no igualado en esta época: el humanismo. El está formado por el conocimiento de los clásicos anti-

guos y modernos, por una actitud elevada acerca del hombre, tanto sano, como enfermo; por un sentido de las proporciones físicas, psíquicas y morales; por el culto apasionado por la verdad, aquella verdad que se oculta en la ciencia y en la Medicina; por el uso adecuado de la lógica en el planteamiento de los estudios acerca de temas biológicos, siempre complejos. Oigamos lo que él mismo ha dicho: "El hombre de ciencia no sólo puede ser un humanista, sino que debe serlo para no perder el sentido universal que deben tener sus aspiraciones, sus hallazgos, y, si la alcanza, su propia gloria. Sentido universal que lo lleva, aunque parezca paradójico a la humildad". Además, y señaló con gran sentido que no debe confundirse el enciclopedismo con el humanismo: "el enciclopedismo pedante es un obstáculo para el verdadero saber. El humanismo, ambicioso y a la vez humilde ante la sabiduría, sirve para madurar, para fijar, para hacer prudente y eficaz el instrumento de la profesión". Finalmente, agrega: "el enciclopedismo conduce al catedrático; el humanismo al maestro". Su actitud fue moderna, actual. Se trata de una actitud dinámica, alerta e inquieta. No es esa condición que Laín Entralgo llamó el humanismo nostálgico.

La bella pasión por el libro

Esta actitud lo llevó al apasionado culto del libro, transformándose en un refinado bibliófilo. En frases tal vez no superadas en lengua castellana se refiere al libro y a las bibliotecas. Dice: "Pensemos en lo que es una biblioteca. Cualquiera otra exhibición de la inteligencia humana, por ejemplo el más extraordinario Museo de Arte, es sólo lo que son los cuadros y los objetos preciosos, lo que sugieren al erudito o al poeta. Pero, en los estantes en donde inmóviles y como momificados se aprietan los libros hay un mundo vivo e infinito, que no se cansa de esperar y que se nos da generosamente sin más que alargar la mano y abrir sus páginas. El pasado, el presente y el porvenir, todo lo que fue y todo lo que supo su autor y su vida y su tiempo están ahí". Señala que el libro, desde hace más de mil años no ha sufrido modificaciones, que es el mismo de siempre y

dice: "El libro nació perfecto, casi como nacen las obras directas de la mano de Dios".

Un ejemplo de honestidad

La honestidad científica, condición indispensable a la calidad de maestro, tiene en Marañón una expresión fina y singular que tomamos como ejemplo. Publicó en 1925, recién pasados los treinta años, su famoso libro "La edad crítica", y una segunda edición, en 1929. Es una obra completa, seria, madura, extraordinariamente documentada. De este libro dijo: "No oculto que entre todos mis libros siento una inclinación particular por éste". Pues bien, este libro, uno de los promotores de su fama, necesitaba una nueva edición; pero, durante este período la investigación clínica y experimental ha profundizado mucho un tema tan importante; más aún, en las últimas décadas las condiciones de vida de la mujer han tenido una honda transformación. Los fenómenos observados en torno al cambio de edad en la mujer tienen ahora otro aspecto, otras manifestaciones y, especialmente, otra interpretación. Se trata de un acontecimiento médico, biológico y social de la más alta importancia. El componente psíquico y emocional es, sin duda, lo que más se ha transformado. ¿Hubo antes exageración? ¿Hay, ahora, simplificación? Ni lo uno ni lo otro: es un cambio evolutivo. La sociedad moderna ha dado al cambio de edad en la mujer otro aspecto. Ahora bien, nadie como Marañón captó esta circunstancia. En vez de una tercera edición anunciada y esperada, publica un artículo denso, agudo, certero en cuyas escasas diez páginas condensa todo su nuevo pensamiento y dice, honesta y humildemente, que es sólo eso todo lo que hoy hay de cierto, de acuerdo con las tendencias de la Medicina actual. Pocas veces ha sido posible comprobar un ejemplo de este orden. Sólo un maestro de alma muy bien templada ha podido hacerlo.

El ser muy español

Esta obra médica de carácter avanzado y humanística de corte renacentista, pero de sentido moderno, fue como realizada

sólo para España y los pueblos de habla hispánica, en donde su resonancia fue instantánea, unánime sin contrapeso. Pero la Medicina es, especialmente en el curso de este medio siglo, la disciplina superior del espíritu más ampliamente internacional. Es la expresión más generosa de la cultura, sin ningún género de restricciones. Ahora bien, en este lapso, el idioma inglés ha venido a colocarse en una situación de privilegio, ha desplazado al francés y el alemán. En el mundo anglo-sajón es en donde existe el mayor número de universidades, institutos y centros de investigación; la mayor proporción de médicos y de hombres dedicados a la ciencia, así como de donde emergen el mayor número de libros y de revistas.

La obra médica de Marañón está escrita en castellano. De sus cuarenta y un libros médicos sólo dos fueron traducidos al inglés; de sus artículos médicos, ensayos y monografías son escasísimas las traducciones. En francés, alemán, italiano y checo, hay, en cambio varias traducciones. Esta situación trajo como resultado que la Medicina Anglo-americana desconociera la obra de Marañón. Fue demasiado español, vivió con honda intensidad las inquietudes de su patria y de su pueblo, dio por ello su magnífica contribución. ¿Pensó en esta extraña, pero explicable consecuencia? No lo sabemos; pero, nos atrevemos a pensar que su posición de español y las condiciones de su temperamento no lo habrían hecho cambiar de actitud. Pero, sin duda es una pena que una contribución médica tan brillante sea aún desconocida en un gran sector de la Medicina de hoy. Se sintió profundamente español, se identificó con la "raíz y decoro de España" y como médico se consideró como eminentemente europeo. Y lo fue en una perfecta expresión.

El afecto por Chile

En torno de 1922 comenzó la juventud chilena a conocer la obra médica de Marañón. Rápidamente, sus estudios fueron formando parte de los conocimientos más importantes de médicos y estudiantes. Visitó el país en marzo de 1937. Frecuentó los hospitales, examinó enfermos y dictó numerosas y notables conferencias, todas ellas acerca de temas de endocrinología. Su

pensamiento médico previamente conocido y estudiado por todos se revistió de la admiración que despertó su extraordinaria personalidad humana. Sus lejanos discípulos fueron entonces sus amigos. Por Chile y por los chilenos, así como por la Medicina que se construye entre nosotros, manifestó siempre afecto, respeto y admiración. Muchos jóvenes médicos chilenos visitaron y permanecieron temporadas en su servicio del Hospital General de Madrid. En una carta que hemos recibido hace unos meses nos dice que los días pasados en Chile constituyen uno de los recuerdos más bellos de su vida.

El médico y el escritor

Desde muy temprano se advirtió en Marañón una extraordinaria facilidad para escribir. Un lenguaje claro, preciso, elegante, dio forma a su pensamiento múltiple. La prensa diaria de Madrid, así como de muchas otras grandes ciudades, fue el sitio en donde aparecieron numerosos artículos, comentarios, ensayos y juicios críticos acerca de libros, acontecimientos, debate sobre ideas y propósitos. Su fina inquietud lo llevó a explorar muchos temas de actualidad, especialmente relativos a la Medicina, a la historia, al arte, a la enseñanza universitaria, todo lo cual fue analizado con tino, con serenidad, en un plano superior. Andando el tiempo se perfiló un estilo muy personal en el que brilló la frase limpia, elegante y sencilla. Era natural y lógico que se adentrara en temas ya completamente alejados de la tarea diaria del médico. Sin embargo, "antes que nada médico", el análisis que hizo de grandes personajes de la historia, análisis magnífico, deja ver con claridad no disimulada el fundamento biológico y médico de su pensamiento. Supo mezclar en estas obras de arte y de historia ese *mínimum prudente* de la medicina lo suficiente para no caer en lo pedante. En las páginas dedicadas al Conde-Duque de Olivares, a Antonio Pérez, a Tiberio y a tantos más, se advierte, en su intensión psicológica, al médico agudo, sagaz, observador de la personalidad humana. Pero, éste es su estilo en el arte y en la literatura. No es el que acostumbra en la obra médica. El gran escritor, el maestro en páginas de historia, sabe escribir la página médica

en el estilo propio de la Medicina. Para un experto aún muy avezado no le sería posible descubrir en una página estrictamente médica al gran escritor que fue Marañón. Nuevo ejemplo de su auténtica condición de médico. Su estilo médico es otro, es el clásico. Es decir, la descripción exacta, precisa, clara, nítida, la frase correcta; la ordenación metódica, muy cuidada de las ideas y razonamientos. Lo que vio en el enfermo, lo que observó en la experimentación aparece exacto, proporcionado; es como si hablara la Naturaleza misma. Aquí no existen figuras, comparaciones, fantasías, ni elucubraciones. Su página médica fue, como la de historia, también, perfecta. De nuevo, el análisis de la obra múltiple de Marañón nos muestra su honestidad. Dentro de un mismo libro, es evidente que el prólogo está expuesto en un lenguaje más literario que estrictamente médico. En él presenta la obra, qué es lo que lo llevó a realizarla. Todos sus libros tienen un prólogo y siempre es un pequeño conjunto de páginas perfectas.

El Maestro

Es dable observar de tarde en tarde en algunas vidas de médicos, vividas a través de lustros y decenios, llegar a esa rara cualidad de maestro. Pocas veces en una persona se han juntado todas, sin excepción, las condiciones para ser reconocido universalmente como uno de los grandes maestros de la Medicina contemporánea.

Hubo en Marañón esa misteriosa doble corriente que es la irradiación y la atracción emanando de su personalidad. Fue en Medicina un ejemplo de estudio, trabajo y dedicación; tuvo, como lo dijo con especial énfasis, "fe en la Medicina" y señaló que era ésta, la fe, "una virtud inexcusable para el éxito". Realizó su obra en cierto grado de discreta y exquisita intimidad, ajeno a estridencias. Enseñó a ver, a apreciar el hecho y a interpretarlo, a dar jerarquía a lo importante; enseñó a pensar, a coordinar ideas y a ordenar conceptos; puso énfasis en la importancia en las ideas generales, en el sentido de la medida, de lo justo, del juicio crítico proporcionado. Ayudó a encender las vocaciones inciertas, supo transmitir la inquietud frente

al desarrollo de los fenómenos biológicos, y, por encima de todo, supo ponderar el principio de la duda introducido en la experimentación por Claude Bernard y que en la clínica adquiere una importancia cada día más trascendental.

La lección de Marañón

El maestro ya descansa; ha finalizado su tránsito sobre la tierra; ha llegado a su término la línea parabólica de su existencia, la cual ha tenido, según la expresión de H. C. Wells, algo "de la emocionante y compleja aventura del hombre a través del espacio y del tiempo". Nos queda su obra; también su lección, en la cual podemos advertir los varios elementos que la componen, como facetas íntima y armoniosamente unidas. El hombre: sencillez y generosidad, sobriedad y simpatía, una amplia cordialidad, todo lo cual se destaca en la conducta como hijo, esposo, padre, abuelo y amigo, el entrañable amigo; o sea el auténtico caballero español. La pasión por la Medicina: el enfermo, la perfección del médico a través del trabajo y del estudio, el sentido de la responsabilidad, el anhelo por el progreso; además, la preocupación por el alumno, el discípulo y toda la juventud. La cultura en el plano superior del espíritu, lo cual le confiere el humanismo. Finalmente, el amor apasionado hacia su España, la que estudia y siente con emoción y ternura. Todos sus aspectos son motivo de su inquietud: historia y tradición, cultura y artesanía; sus grandezas y defectos, el arte en todas sus formas; en suma, su amor a la tierra que le vio nacer y al aire que respiró.

Tal es la admirable lección de Marañón.